

expresión. Hace hablar a los indios, recreando literariamente la jerga nativa, mezcla de quichua antiguo y de giros castellanos. Su estilo es elástico y brillante, a ratos mordaz, a ratos tierno y macerado. El tono general de violencia verbal que a trecho lo agita podría caber dentro de la evaluación de «eruptivo y agresivo» que, según Matthew Arnold, no sería sino la manifestación en la literatura de un espíritu provinciano falto de normas elevadas. Trasponiendo estos conceptos, nosotros decimos que, calificar una creación literaria de masas a base de la ausencia del eufemismo hipócrita, no sería sino la manifestación «agresiva y eruptiva» del crítico provinciano falto de normas elevadas, etcétera...

«Huairapamushcas» es, en suma, para nuestra humilde opinión, un noble, logrado, y definitivo documento de la trágica y angustiosa condición de algunos grupos humanos de estos países librados a su propio destino, y confirma una vez más el renombre continental de Jorge Icaza como uno de los más altos novelistas del Ecuador y de nuestra América Latina.—DANIEL BELMAR.



LOS NUEVOS LIBROS POÉTICOS, por *Antonio de Undurraga*.

Miguel Arteche publicó en 1947, su obra «La invitación al Olvido». Ahora, en 1948, nos entrega «Oda Fúnebre», en un breve cuaderno de 20 páginas. Nosotros tuvimos voces de elogio para su primer libro y creemos, con certeza, que esta segunda entrega supera, con creces, a su primer intento. Sin embargo, estamos seguros que «Oda Fúnebre», no tendrá mayores comentarios, ni resonancia, por cuanto es costumbre entre nosotros silenciar a los escritores a los cuales se estima que «van andando demasiado rápido» por un camino de progreso y superación. Más

aún, por un firme camino de leal trabajo y engrandecimiento del patrimonio espiritual de la República. Señalamos el hecho y ojalá algún ensayista nuestro medite sobre el particular y nos aclare esta característica negativa de nuestra psicología chilena. Chilena y americana, para ser más justos y precisos.

En «Oda Fúnebre», en efecto, Miguel Arteche ha centrado, purificado y estabilizado su voz lírica, dándole a ésta mayor tersura, majestad y dominio sintáxico. No cabe duda de que es un poeta poseído por la levedad y la gracia:

«Sólo un viento delgadísimo de junio
Aplacará por fin sus labios exangües de pequeño dios insatisfecho,
Un ligero soplo bajará la muerte hasta sus ojos dormidos
Cuando camine a las salinas aguas tentadoras».

El defecto de esta poesía está en su facilidad romántica de paso atrás, en su postura fugada de la gran tradición creadora de la alta poesía americana y chilena, pues se ve que sigue líneas retóricas y menores de Cernuda, Salinas o Guillén, colocados hoy en un relieve excesivo por falta de críticos americanos capaces de destacar la gran valía estilística y filosófica de los maestros de la poesía americana de nuestros días. Algo de esto demostró Juan Ramón Jiménez en las sendas notas que dedicó a sus discípulos Pedro Salinas y Jorge Guillén, en su libro «Españoles de Tres Mundos».

* * *

Edesio Alvarado con su libro «El Corazón y el Vuelo», se inicia en nuestro vasto zodíaco poético, a diferencia de Miguel Arteche, bebiendo en las esencias de nuestra tradición poética, pero su voz aun no alcanza un clima de estabilidad lírica. Las balanzas de su verbo oscilan y oscilan en busca de un equilibrio que no se consigue, excepto en dos cantos de la parte intitulada «El Vuelo», donde nos dice:

«En esta hora siempre brilla como una espada desnuda y deseada tu cuerpo de alabastro. De la frente a los pies sobre tu piel se ahogan uno a uno mis besos que caen como pájaros».

A través de todo este volumen se le ve lanzarse con voz resuelta a la grave aventura de la palabra creadora, con renovado brío y entusiasmo, y se percibe, en diferentes tonos, la influencia de Pablo Neruda, pero de un Neruda post romántico que es el de los «20 Poemas de Amor». Tal vez esta influencia única resta multiplicidad y riqueza a su obra. No cabe duda de que Edesio Alvarado debe asomarse a muchos mundos poéticos disímiles, si desea, en el futuro, redoblar, el bello esfuerzo de este su primer libro de poemas.

* * *

Gustavo Ossorio, el poeta audaz—y por audaz, creador— que diera a la estampa en 1941 «Presencia y Memoria», después de siete años de bello y estrellado silencio hoy nos entrega su gran volumen: «El Sentido Sombrío», que es toda una vasta sinfonía de hermosura, desvelo e incesante investigación y vuelos líricos. Al comentar su primer libro fuimos tal vez, excesivamente francos con Gustavo Ossorio, pero hoy, al tener en nuestras manos su segunda obra, vemos que nuestros puntos de vista eran acertados, por cuanto el poeta al hallar su forma y su mensaje cabales, ha seguido la ruta que creimos sería la suya y que fué la que le propusimos en nuestro trabajo «Zodiaco de la poesía chilena en 1941».

Todo el libro constituye un soliloquio grave, hermético, armonioso, entre el poeta en soledad y su alma, entre el poeta que cree hallar junto a su carne resplandores de muerte, y su ser. Un soliloquio que a veces traspasa esa pequeña ciudadela de sangre herida que es el hombre, para chocar contra el infinito y tornadizo rostro cósmico del mundo. Como en todo soliloquio

amargo, desolado, los temas se pierden como ríos que se sumergen para luego aflorar en una llanura distinta. Del mismo modo, la técnica poética está de tal modo acondicionada que lleva a su creador, como en volandas, del área del sueño al semi-sueño y, de estas áreas, a la del poderoso sol de la vigilia. Entonces, no cabe duda de que Gustavo Ossorio es un leal heredero del surrealismo y sus procedimientos afines, pues no hay en él como en Díaz Casanueva—su leal prologuista—un desplazamiento hacia lo simbólico, hacia lo filosófico. Gustavo Ossorio, por el contrario, se mantiene rigurosamente lírico, más aún, desafiantemente lírico.

En efecto, en este laberíntico y largo soliloquio, nos dice en un primer término: «...me preocupa la santidad—Y acumulo méritos para seguir muriendo»; y luego: «Todavía vivo—Todavía voy, alma mía,—Como un peñasco que apenas repercute en la sombra»; y después: «Acaso nunca sepamos quien llora para abrazar nuestros sueños—Acaso nunca lleguemos a encontrar nuestro árbol protector,—Ni veamos su doble copa acallando con su arpa—El habla enemiga que cambia de rostros», y así prosigue su soliloquio: «Pero sólo lo ausente me rodea,—Sólo aquello que es postreio y es avidez y desconocimiento». Hay planteamientos poéticos suyos que parecen un corolario, pero no lo son: «...sólo las esencias quedan—Y entre ellas nada hay que no se confunda—Con mi propia destrucción». Como podemos apreciarlo, su tensión poética oscila entre dos polos amargos: pesimismo y muerte. En efecto, nos dice: «...ya nada puede salvarme: —Voy con el corazón habitado de rostros sombríos—Tras tu muerte que me llama». Y en «La jornada perdida» expresa: «Voy viendo muertos que se ocultan en mi pelo.—Voy viendo sus sombras lineales que se descuelgan sobre mis huesos».

A través de todo el libro se percibe un clima de magia blanca poética logrado, plenamente, por una técnica poética que, sin ser sectaria, está noblemente emparentada con el post-romanticismo y el mejor surrealismo de nuestros días. Por ello, el poeta

tan carnal y espiritualmente identificado con sus métodos, termina por expresarnos: «Quizá si haya una sabiduría negra—Que exceda estas imágenes aparentes,—O si será posible hallar el fin de las cosas—Entre los cabellos que ocultan nuestras oscuras obras».

En algunos poemas—muy pocos—Gustavo Ossorio, a modo experimental, ha practicado el soneto, en forma discreta. Estas composiciones, sumamente inferiores a sus poesías escritas en metro libre no vienen sino a demostrar algo que ya habíamos afirmado y demostrado; que el soneto es un género caduco, agotado.

He aquí un bello libro que, entre nosotros, ha pasado algo desapercibido y que en Francia habría podido ser un acontecimiento literario.

* * *

Finalmente, creemos necesario decir algunas palabras sobre el prólogo escrito por Angel Cruchaga Santa María, al libro de Edesio Alvarado, y, en especial, cuando Cruchaga afirma: «El tiempo ha venido separando en la poesía de nuestra época el trigo de la cizaña y podemos comprobar que fuera de las figuras y acrobacias que eran patrimonio de ciertas escuelas literarias...» etc., para decirnos que descuellan los nombres de Aragón y Eluard. Sin pronunciarnos, en esta oportunidad, sobre los méritos de ambos franceses, no nos parece conveniente el lenguaje de estas aseveraciones, pues muchos enemigos de la gran creación poética contemporánea ya lo han utilizado en términos parecidos. Por otra parte, «el tiempo», en asuntos de creación y valoración poéticas, no separa, ni junta el trigo de la cizaña. «El tiempo», puede tener acción sobre un tronco de árbol para petrificarlo o convertirlo en carbón y petróleo, pero no sobre un poema. «El tiempo» en poesía y en arte es sólo la posibilidad de que en un número mayor de años aparezcan críticos, es decir, peritos capaces de dar un juicio razonable y bien

fundado sobre una determinada poesía. Pues en efecto, si no aparecen estos críticos, ni la obra es captada por las multitudes cultas de lectores, ella quedará como inexistente o, a lo sumo, como un mensaje colocado dentro de una botella y lanzado al océano. Aunque la observación parezca simple o simplista, la hacemos, por cuanto la costumbre de hablar en términos abstractos a veces puede más que la realidad. Entonces, si «el tiempo» es el equivalente de los observadores e investigadores en literatura, no nos explicamos por qué Angel Cruchaga se sintió tan disgustado hace algunos años, cuando iniciamos algunas labores de investigación literaria con la mejor buena voluntad del mundo y sobre todo, si se tiene en cuenta que mediante ellas se lograron algunos descubrimientos estilísticos. Finalmente, hecha la salvedad, huelga decir que con ella no pretendemos molestar al poeta en la hora de su triunfo. Sólo se trata de un comentario a sus afirmaciones.—A. DE U.

Buenos Aires, julio de 1948.

■

«ANSIEDAD DE CAMINOS» versos de *Sylvia Moore*

En la parcelación lírica le correspondió a Sylvia Moore una hijuela cuyo mayor encanto lo constituyen unas mariposas que, formando un cintillo de alas, pasan frente a nuestros ojos y después desaparecen. Para mí la poesía de esta poetisa no es nada más que eso: alas que, en luminoso enjambre, vuelan por la floresta, dejando en nuestra imaginación un vislumbre de luz. Pruebas al canto:

Melancólico aroma,
en las tardes de invierno
tus lunares de oro
perfuman el silencio.